

□ Tiempo de lectura: 11 min.

Francisco nació el 21 de agosto de 1567 en el castillo de Sales, en Thorens, cerca de Annecy, en Saboya, en un paisaje de montañas y valles campestres.

El padre de Francisco era un hombre leal, caballeresco, generoso y, al mismo tiempo, emotivo e impulsivo. En virtud de su sabiduría y sentido de la justicia, a menudo era elegido como árbitro en disputas y juicios. También era muy acogedor con los pobres del vecindario, hasta el punto de que daba su sopa a un pobre antes que mandarlo a mendigar. De su madre Francisca, Santa Juana de Chantal trazó este admirable retrato:

*Fue una de las damas más notables de su época. Estaba dotada de un alma noble y generosa, pero pura, inocente y sencilla, como una verdadera madre y nutricia de los pobres. Era modesta, humilde y bondadosa con todos, muy tranquila en su hogar; gobernaba sabiamente a su familia, preocupada por hacerles vivir en el temor de Dios.*

Cuando nació Francisco, su hijo mayor, ella sólo tenía quince años, mientras que su marido tenía más de cuarenta. Esta diferencia de edad no era infrecuente en la época, sobre todo entre los nobles, pues el matrimonio se consideraba ante todo una alianza entre dos familias para tener hijos y engrandecer sus tierras y títulos. El sentimiento contaba poco en aquella época, lo que no impidió que esta unión aparentemente mal avenida resultara sólida y feliz.

La maternidad se anunciaba como particularmente difícil. La futura madre rezó ante la Sábana Santa, que entonces se conservaba en Chambéry, capital de Saboya. Francisco vino al mundo dos meses antes de su fecha natural de parto y, temiendo por su supervivencia, fue bautizado rápidamente.

En Francisco, el hijo mayor, estaban puestas todas las esperanzas de su padre, que preveía para él una carrera prestigiosa al servicio de su país. Este proyecto sería una fuente de dificultades durante toda su juventud, marcada por una tensión entre la obediencia a su padre y su vocación particular.

### **Los seis primeros años (1567-1573)**

Cuando nació el pequeño Francisco, su joven madre era incapaz de amamantarlo, por lo que recurrió a una campesina del pueblo. Tres meses después, su madrina, su abuela materna, se hizo cargo de él durante algún tiempo.

“Mi madre y yo”, escribiría un día, “somos uno”. De hecho, el niño “aún no es capaz de usar su voluntad, ni puede amar nada que no sea el pecho y el rostro

de su querida madre”. Es un modelo de abandono a la voluntad de Dios:

*No piensa en absoluto en querer estar de un lado o de otro y no desea otra cosa que estar en los brazos de su madre, con la que cree formar una sola cosa; tampoco se preocupa en absoluto de conformar su propia voluntad a la de su madre, porque no la percibe, ni le interesa tenerla, y deja que su madre se mueva, haga y decida lo que cree que es bueno para él.*

Francisco de Sales también afirmó que los niños no ríen antes de los cuarenta días. Sólo después de cuarenta días ríen, es decir, se consuelan, porque, como dice Virgilio, “sólo entonces empiezan a conocer a su madre”.

El pequeño Francesco no fue destetado hasta noviembre de 1569, cuando tenía dos años y tres meses. A esa edad ya había empezado a andar y a hablar. Aprender a caminar se produce progresivamente y a menudo ocurre que los niños se caen al suelo, lo cual no es en absoluto grave, porque “mientras sienten que su madre les sujeta por las mangas, caminan enérgicamente y deambulan aquí y allá, sin sorprenderse por las volteretas que les hacen dar sus inseguras piernas”. A veces es el padre quien observa a su hijo, todavía débil e inseguro mientras da sus primeros pasos, y le dice: ‘tómate tu tiempo, hijo mío’; si luego se cae, le anima diciéndole: “ha dado un salto, es sabio, no llores’; luego se acerca a él y le da la mano”.

Por otra parte, tanto aprender a andar como a hablar se hace por imitación. Es “a fuerza de oír a la madre y balbucear con ella” como el niño aprende a hablar la misma lengua.

## **Aventuras y juegos infantiles**

La infancia es la época del descubrimiento y la exploración. El pequeño saboyano observaba la naturaleza que le rodeaba y se quedaba embelesado con ella. En Sales, en la ladera de la montaña hacia el este, todo es grandioso, imponente, austero; pero a lo largo del valle, por el contrario, todo es verde, fértil y agradable. En el castillo de Brens, en Chiablèse, donde probablemente hizo varias estancias entre los tres y los cinco años, el pequeño Francisco pudo admirar el esplendor del lago Lemán. En Annecy, el lago rodeado de colinas y montañas nunca le dejó indiferente, como demuestran las numerosas imágenes literarias de la navegación. Es fácil darse cuenta de que Francisco de Sales no era un hombre nacido en la ciudad.

El mundo de los animales, en aquella época todavía tan presente en castillos, pueblos e incluso ciudades, es un encanto y una fuente de instrucción para el niño. Pocos autores han hablado de ello con tanta abundancia como él. Gran parte de su información (a menudo legendaria) la extraía de sus lecturas; sin embargo, la observación personal debió de contar bastante, por ejemplo, cuando escribe que “el alba hace cantar al gallo; el lucero del alba alegra a los enfermos, invita a los pájaros a cantar”.

El pequeño Francisco consideraba detenidamente y admiraba el trabajo de las abejas, observaba y escuchaba atentamente a las golondrinas, las palomas, la gallina y las ranas. ¡Cuántas veces tuvo que presenciar la alimentación de las palomas en el patio del castillo!

Por encima de todo, el niño necesita manifestar su deseo de crecer mediante el juego, que es también la escuela de la convivencia y una forma de tomar posesión de su entorno. ¿Jugaba Francisco a mecerse en caballitos de madera? En cualquier caso, cuenta en uno de sus sermones que “los niños se balancean sobre caballos de madera, los llaman caballos, relinchan por ellos, corren, saltan, se entretienen con esta diversión infantil”. Y he aquí un recuerdo personal de su infancia: “Cuando éramos niños, ¡con qué cuidado ensamblábamos trozos de tejas, de madera, de barro para construir casitas y edificios diminutos! Y si alguien las destruía, nos sentíamos perdidos y llorábamos”.

Pero descubrir el mundo que nos rodea no siempre ocurre sin riesgos y aprender a caminar depara sorpresas. El miedo es a veces un buen consejero, sobre todo cuando existe un riesgo real. Si los niños ven ladrar a un perro, «enseguida empiezan a gritar y no paran hasta que están cerca de su madre. En sus brazos se sienten seguros y mientras le den la mano piensan que nadie puede hacerles daño». A veces, sin embargo, el peligro es imaginario. El pequeño Francisco tenía miedo a la oscuridad, y he aquí cómo se curó de su miedo a la oscuridad: “Poco a poco, me esforcé por ir solo, con el corazón armado sólo de confianza en Dios, a lugares donde mi imaginación me asustaba; al final, me refresqué tanto que consideré deliciosa la oscuridad y la soledad de la noche, por esta presencia de Dios, que en tal soledad se hace aún más deseable”.

## **Educación familiar**

La primera educación recaía en la madre. Se estableció una intimidad excepcional entre la joven madre y su primogénito. Se decía que sentía inclinación por abrazar a su hijo, que, además, se parecía mucho a ella. Prefería verle vestido de paje que con un disfraz de juego. Su madre se ocupaba de su educación religiosa

y, deseosa de enseñarle su “pequeño credo”, le llevaba con ella a la iglesia parroquial de Thorens.

Por su parte, el niño experimentaba todo el afecto del que era objeto, y la primera palabra del niño sería ésta: “mi Dios y mi madre, me quieren tanto”. El amor de las madres hacia sus hijos es siempre más tierno que el de los padres», escribiría Francisco de Sales, porque, en su opinión, “les cuesta más”. Según un testigo, era él quien a veces consolaba a su madre en sus momentos de melancolía diciéndole: “Recurramos al buen Dios, mi buena madre, y él nos ayudará”.

De su padre empezó a aprender un “espíritu justo y razonable”. Le hizo comprender la razón de lo que se le pedía, enseñándole a ser responsable de sus actos, a no mentir nunca, a evitar los juegos de azar, pero no los de destreza e inteligencia. Sin duda le agradó mucho la respuesta que le dio su hijo cuando de repente le preguntó en qué pensaba: “Padre mío, pienso en Dios y en ser un hombre de bien”.

Para fortalecer su carácter, su padre le impuso un estilo de vida varonil, la evitación de las comodidades corporales, pero también juegos al aire libre con sus primos Amé, Louis y Gaspard. Sobre todo, Francisco pasó su infancia y juventud con ellos, en los juegos y en el internado. Aprendió a montar a caballo y a manejar armas de caza. También le dieron como compañeros a chicos del pueblo, pero cuidadosamente elegidos.

Niño normalmente prudente y tranquilo, Francisco manifestaba, sin embargo, sorprendentes ataques de ira en determinadas circunstancias. Con ocasión de la visita de un protestante al castillo de la familia, dio rienda suelta a su animadversión contra los pollos, a los que empezó a apalea, gritando a voz en cuello: “¡Arriba, arriba, sobre los herejes!” Le costaría tiempo y esfuerzo convertirse a la “dulzura salesiana”.

## **Ingreso en la escuela**

A la edad de seis o siete años, el niño alcanza el uso de razón. Para la Iglesia, ahora tiene la capacidad de discernir el bien y el mal y, para los humanistas, puede empezar a asistir a la escuela primaria. Esta es la edad en la que los niños de las familias nobles suelen pasar de manos de mujeres a las de hombres, de madre a padre, de institutriz a tutora o tutor. La edad de la razón marcaba también, para una pequeña minoría de niños, el ingreso en una escuela o en un internado. Ahora bien, Francisco mostraba notables disposiciones para el estudio, es más, tal impaciencia que suplicaba que le enviaran a la escuela sin demora.

En octubre de 1573, Francisco fue enviado al internado de La Roche, en

compañía de sus primos Amé, Louis y Gaspard. A la tierna edad de seis años, Francisco fue separado de su familia. Permaneció allí dos años para hacer su “pequeña escuela de gramática”. Los niños alojados en la ciudad, puestos bajo la supervisión de un pedagogo particular, se mezclaban durante el día en la masa de trescientos alumnos que asistían al internado. Un criado de la familia se ocupaba especialmente de Francisco, que era el más pequeño.

Según lo que sabemos de las escuelas de la época, los niños empezaron a leer y escribir, utilizando silabarios y los primeros elementos de la gramática, a recitar de memoria oraciones y textos escogidos, a aprender los rudimentos de la gramática latina, las declinaciones y conjugaciones de los verbos. El compromiso con la memoria, todavía muy dependiente del método didáctico en uso, se concentraba sobre todo en los textos religiosos, pero ya se hacía hincapié en la calidad de la dicción, rasgo característico de la educación humanista. En cuanto a la educación moral, que entonces ocupaba un lugar importante en la educación humanista de los estudiantes, tomaba sus modelos más de la antigüedad pagana que de los autores cristianos.

Desde el comienzo de sus estudios en el colegio de La Roche, Francisco se comportó como un excelente alumno. Pero este primer contacto con el mundo escolástico pudo haberle dejado algunos recuerdos menos agradables, como él mismo contó a un amigo. No le había ocurrido nunca faltar involuntariamente a clase y encontrarse “en la situación en que a veces se encuentran los buenos alumnos que, habiendo llegado tarde, han acertado ciertas lecciones”

*Sin duda, les gustaría volver al horario obligatorio y ganarse de nuevo la benevolencia de sus profesores; pero oscilando entre el miedo y la esperanza, no pueden decidir a qué hora presentarse ante el irritado profesor; ¿deben evitar su enfado actual sacrificando el esperado perdón, u obtener su perdón exponiéndose al riesgo de ser castigados? En tales vacilaciones, el espíritu del niño debe esforzarse por discernir qué es lo más ventajoso para él.*

Dos años más tarde, todavía con sus primos, se encuentra en el internado de Annecy, donde Francisco estudiará durante tres años. Con sus primos, se aloja en la ciudad con una señora, a la que llama tía. Tras los dos años de gramática en La Roche, entró en el tercer año de estudios clásicos y progresó rápidamente. Entre los ejercicios utilizados en el colegio figuraban las declamaciones. El muchacho destacaba en ellas, “porque tenía un porte noble, un físico fino, un rostro atractivo y una voz excelente”.

Parece que la disciplina era tradicional y severa, y sabemos que el regente

se comportaba como un auténtico castigador. Pero la conducta de Francisco no dejaba nada que desear; un día él mismo pediría ser castigado en lugar de su primo Gaspard, que lloraba de miedo.

El acontecimiento religioso más importante para un niño era la Primera Comunión, el sacramento por el que “nos unimos y nos juntamos a la bondad divina y recibimos la verdadera vida de nuestras almas”. Como diría más tarde sobre la comunión, había preparado «su pequeño corazón para ser la morada de Aquel» que quería «poseerlo» entero. Ese mismo día recibió el sacramento de la Confirmación, sacramento por el que nos unimos a Dios “como el soldado a su capitán”. En esa ocasión, sus padres le dieron como tutor a Don Jean Déage, un hombre rudo, incluso colérico, pero totalmente entregado a su alumno, al que acompañaría durante toda su educación.

### **En el umbral de la adolescencia**

Los años de infancia y juventud de Francisco en Saboya dejarían en él una huella indeleble, pero también despertarían en su alma los primeros gérmenes de una vocación particular. Empeñado en dar buen ejemplo a los demás con discreción, intervenía ante sus compañeros con iniciativas adecuadas. Todavía muy joven, le gustaba reunirlos para enseñarles la lección de catecismo que estaba aprendiendo. Después de los juegos, a veces los llevaba a la iglesia de Thorens, donde se habían convertido en hijos de Dios. Los días de vacaciones, los llevaba con él a pasear por el bosque y junto al río para cantar y rezar.

Pero su formación intelectual no había hecho más que empezar. Al cabo de tres años en el internado de Annecy, sabía todo lo que Saboya podía enseñarle. Su padre decidió enviarle a París, la capital del saber, para hacer de él un “erudito”. Pero, ¿a qué internado debía enviar a un hijo tan dotado? Primero eligió el internado de Navarra, al que asistía la nobleza. Pero Francisco intervino hábilmente con la ayuda de su madre. Ante la insistencia de su hijo, su padre accedió finalmente a enviarle al internado de los padres jesuitas de Clermont.

Significativamente, antes de partir, François pidió recibir la tonsura, una práctica todavía permitida en la época para los muchachos destinados a una carrera eclesiástica, lo que, sin embargo, no debió de agradar a su padre, que no deseaba una vocación eclesiástica para su hijo mayor.

Alcanzado el umbral de la adolescencia, el muchacho inició una nueva etapa en su vida. “La infancia es hermosa”, escribiría un día, “pero querer ser siempre un niño es hacer una elección equivocada, porque un niño de cien años es despreciado. Empezar a aprender es muy loable, pero quien empieza con la intención de no perfeccionarse nunca, estaría actuando contra la razón”. Tras

recibir en Saboya los gérmenes de estos “múltiples dones de la naturaleza y de la gracia”, Francisco encontraría en París grandes oportunidades para cultivarlos y desarrollarlos.